

Crónica Literaria:

Gente en la Isla

(por Jorge Arturo Flores)

LOM Ediciones, que ha surgido como una nueva y dinámica editorial, apartándose de las tradicionales, está publicando -con aporte del Consejo Nacional del Libro y la Lectura- libros que se ubican en la sección Clásicos de la Novela Social Chilena.

Es una tarea digna la que realiza.

Entre los títulos editados están: "Hijuna", de Carlos Sepúlveda; "Los Hombres Oscuros", de Nicomedes Guzmán; "Angurrientos", de Juan Godoy; "Vidas Mínimas", de José Santos González Vera; "La Mala Estrella" de Perucho González; "La Sangre y la Esperanza", de Alberto Romero; "Norte Grande", de Andrés Sabella; "Chilenos en el Mar", de Mariano Latorre y "Mercedes Urizar", de Luis Durand, entre otros.

Es un interesante y extenso horizonte de textos relacionados con un segmento so-

cial de nuestro país y que hoy, con toda seguridad, no debe llamar la atención o se pasa a su lado con alguna indiferencia.

Este regreso del pretérito ayudará sin duda a no olvidar ciertas situaciones que ocurrieron en nuestro país, recreadas por talentosos novelistas.

Y... ojo... No estamos hablando de novelas comprometidas, como se decía antes, al relacionarlas con ideologías políticas.

Nó...

Sólo una realidad del pueblo chileno.

"Gente de la Isla", de Rubén Azócar trata sobre la vida de ciertos habitantes de la isla de Chiloé.

Antonio Andrade, chilote que deja la casa a temprana edad, vuelve a sus raíces, se casa, tiene un hijo, queda viudo, se vuelve a casar, empieza un gran negocio, quiebra, muere.

Su tragedia sigue en la vida de Lorenzo Andrade, su retoño.

La vida en esas latitudes, la mayoría de las veces azotada por el viento implacable y las lluvias sin fin, está fielmente tratada por Rubén Azócar que vivió en esas tierras y recogió sus costumbres y tradiciones.

Con un estilo directo nos va representando la existencia de los sufridos chilenos. Hay personajes inolvidables, como el usurero Remigio Cárdenas, el vasco a cargo de la cantina; el cura, gordo, bajo, faltando a sus votos de castidad y pobreza, además de investigador de violencia; la mujeres, primero Juana Chacón y luego Ignacia y Adelaida; el padre borracho; el juez corrupto, etc.

Es la primera parte.

La segunda y tercera tratan sobre la vida de Lorenzo Andrade y su alrededor. Sus inicios escolares, el despertar a la sexualidad, el amor por su tía, las ganas de abandonar la

isla, como su padre.

También está el desenlace de muchas pasiones que tienen en la muerte una forma de lenitivo: los decesos de Mengo, Adelaida, Liborio Bórquez, etc.

La novela obtuvo señalado éxito editorial y crítico. Se le trató bien, incluso fuera de Chile.

No corre, sin embargo, con la misma rapidez que los vientos sureños.

Hay un prurito por indagar en las costumbres de los isleños, lo cual permite que los diálogos se extiendan y a ratos la acción se torne lenta. Las conversaciones pueden sonar pueriles y huecas, pero hay que entender a la gente de la isla. Quisiéramos en algún momento golpear al caballo para que galopara más rápido, puesto que el tema es interesante. Pero no debemos olvidar -y esto en beneficio de Rubén Azócar- que esta novela fue escrita en 1939; es decir, la friolera de 61 años atrás. Entonces era otra época; otra la dimensión de los humanos; otro el estilo.

Por otra parte, el estilo de Rubén Azócar se vuelve, a veces, un tanto adocenado; no le imprime velocidad al relato y se enmaraña en los vocablos propios de la región, muy interesante con toda seguridad para los chilotes, pero absolutamente desconocidos para los lectores que no conocen esas tierras.

En otras palabras se vuelve localista y eso le hace perder universalidad.

Ahora: si ésa fue la intención primigenia del autor, no hemos dicho nada.

Lo plausible, en definitiva, es que la novela se lee en el año 2001 sin grandes contratiempos; no sufre mucho el rigor de la cronología y sirve como testimonio histórico de algún momento de la vida de los habitantes de Chiloé.

582930